

Don Julio

Por estas tierras de pan, vino y olvidos, aún se puede llamar a las personas por su nombre de pila y todos nos entendemos a la primera. Durante casi todo este siglo, don Julio ha sido don Julio, a secas. Sólo muy excepcionalmente era preciso añadirle el Larrañaga identificador.

Mucho se ha hablado - y más, seguramente, habrá que hablar- de las gentes que llegan a estos lugares nuestros de los más apartados rincones y se quedan y enraízan, quizá para compensar de algún modo la continua huida de los naturales del lugar. De Vasconia nos llegó don Julio, cuando la centuria estaba apenas por su segundo año y en la dura meseta castellana encontró campo abierto para la andadura y un rincón eterno para el descanso.

Siempre la muerte es dura, pero en el caso de don Julio surge como un pensamiento egoísta, porque, ¿cuántas cosas, cuántos conocimientos se habrá llevado a la tumba don Julio? Su vocación de geógrafo e historiador, unida a su trabajo en Obras Públicas, le permitió pisar palmo a palmo esta tierra; con minuciosidad ejemplar plasmó sus observaciones y estudios en millares de fichas que, al cabo, encontraron forma en ese libro asombroso llamado, equivocadamente, "Guía Larrañaga". Equivocadamente, decimos, porque la obra es mucho, muchísimo más que una guía, para alcanzar las dimensiones de un tratado exhaustivo sobre la provincia de Cuenca.

Correspondió a don Julio ser el primer alcalde de la capital en los duros años de la postguerra, pero en verdad que no era lo suyo la gestión pública, sino el trabajo callado entre libros, planos y papeles. Un trabajo constante, cotidiano, sin descanso. Sólo en los últimos años, agobiado

por el peso de la edad y el dolor personal e intransferible, derivado de la imprevista muerte de su único hijo varón, cedió el investigador en su tarea.

Una estela de veneración acompañaba el cotidiano paseo de don Julio, en busca de su periódico, apoyado en el brazo de un amigo; la imagen del anciano, sentado en una cafetería, pasando levemente las hojas de ABC, permane-



DON JULIO:
 CUANTAS COSAS SE HAN IDO...

cerá grabada mucho tiempo entre nosotros.

Una figura de esta dimensión tenía, lógicamente, que atraer nuestra atención. Intentó EL BANZO conseguir una larga conversación con don Julio, a la busca de esas palabras ejemplares, esclarecedoras de muchos puntos de nuestra historia reciente y pasada, pero las facultades del gran hombre no permitían ya atender nuestra exigencia. EL BANZO figuraba entre sus últimas lecturas, "aunque no entiendo muy bien las cosas que ustedes dicen y tengo que leerlas dos veces". La fotografía que acompaña estas

líneas, seguramente, la última hecha al ilustre investigador ahora desaparecido.

Nos dejó con la miel en los labios, porque en nuestro intento de entrevista anunció que estaba totalmente disconforme con la pretendida localización de Ercávica en los alrededores de Cañaveruelas. Don Julio, fiel seguidor de Tolomeo, interpretaba de otro modo las referencias del geógrafo griego. Incluso sabemos que preparaba una co-

municación sobre el tratamiento dado por Tolomeo a la provincia de Cuenca y que pensaba presentar en un Congreso de Geografía que debe celebrarse en España en 1980. Y esta ilusión, este permanente mirar adelante, pese a sus 87 años, es quizá el detalle que mejor define la extraordinaria voluntad y el ejemplar espíritu de don Julio Larrañaga cuya desaparición es, realmente, sinceramente, una pérdida total e insustituible. ●

Quien no llora...

Lo decían altos miembros del Gobierno, a principios de siglo, palmoteando paternalmente la espalda de algún conquirente: "Si es que ustedes no saben pedir..."; a lo que parece, en todos estos años no hemos aprendido.

El mal, desde luego, no es de Cuenca, sino de toda la región, sólo que también aquí hay diferencias y algunos de nuestros vecinos están dispuestos a dejar aplausos, adhesiones y reverencias a un lado, para ir derecho al toro, en vista de que, como la experiencia demuestra, sólo quien llora, grita y protesta obtiene a cambio, por lo menos, la atención de Madrid.

"El Gobierno tiene a Ciudad Real totalmente abandonada, porque no planteamos desde hace muchísimos años grandes problemas a la Administración y piensan que la provincia está muy contenta", dice el alcalde de Ciudad Real, Francisco Bernalte ("Arriba", 3 de febrero), a la vez que anuncia que en el plazo de tres meses la Corporación en pleno dimitirá, si el ministerio de Obras Públicas no saca a subasta la variante de Puertollano a Puertolápice.

Si nos aplicáramos el cuento por tierras conquenses, no habría Corporación o entidad que durase quince días. Pero seguramente los

asientos de tales organismos deben ser muy cómodos y nadie quiere perderlos; se nos ocurre que ésta es la única explicación a tanto silencio y tanta contemporización.

Llegando al fondo de la cuestión, se puede concluir con facilidad en que no deja de ser lamentable que para obtener justicia de la Administración sea preciso estar llorando, o acometer actitudes mucho más enérgicas, como se ha podido comprobar en otras regiones. Bien está lo del mamar en la etapa infantil, pero llevarlo a otros niveles parece poco serio.

A contrapelo

Y, sin embargo, lo que son las cosas: ha habido gente dispuesta a dimitir estos días.

Cuando se confirmó el nombramiento de José María Socías Humbert como Secretario general de la Organización Sindical, muchos de los recientemente elegidos representantes de los trabajadores conquenses, "cacarearon" indignados.

Se trataba, por supuesto, de los sindicalistas de siempre, de los que defienden a ul-